

feta David¹. Alégrese el corazón con trasportes inefables de felicidad, de que el cuerpo se siente inundado, cuando dignamente participa de las delicias del sagrado banquete. ¿Qué deleites de la tierra podrán compararse en suavidad y riqueza con los místicos placeres de la comunión sacramental? Decidlo vosotros que habéis probado todos aquéllos, como en otro tiempo Salomón, vosotros que nada habéis rehusado á vuestro corazón de cuanto caprichosamente apetecía, y que no habéis encontrado en ninguna parte la anhelada felicidad². ¿Qué diferentes placeres, cuán puros y cuán llenos, los que habéis gustado en la participación del cuerpo del Señor! Vosotros habréis exclamado también con el Profeta: *¿Cuán amables son para mí tus tabernáculos, Señor Dios de las virtudes!*³ Y, al sentir tales avenidas de felicidad más bien celestial que terrena, ¿no ha de quedar amortiguada en nosotros la fiebre voraz de los míseros bienes del sentido? ¡Oh cristianos! Plegue á Dios que la virtud de la santa Eucaristía destruya en nosotros el pecado, y así queden cegadas de una vez para siempre las fuentes de todos nuestros males. ¡Gloria sea á Dios en el trono de los cielos, y al Cordero en el trono del altar! Así sea.

¹ Ps. 83, 3.² Eccli. 1, 14.³ Ps. 83, 2.

SERMÓN VIGÉSIMO

(predicado en la Catedral de Bogotá, enero de 1898).

La Eucaristía, ideal de santidad.

Estote sancti, quia ego sanctus sum.
Sed santos, porque yo santo soy.

Lev. 11, 44; 20, 7.

1. ¿Qué son estos solemnes cultos tributados al Santísimo Sacramento en la Catedral metropolitana de Colombia, sino un feliz augurio de felicidad para la nación en el año que empieza, así como un homenaje de acción de gracias por el año que termina? ¡Plegue á Dios que no salgan fallidas nuestras esperanzas; y que, no sólo en lo de fuera, sino principalmente en lo interior de las almas, disfrute este católico pueblo de ventura y bienestar durante el año de gracia de 1898! Pero ¿de qué otra manera pudiera esto conseguirse sino por medio del espíritu de Jesucristo, renovado y desarrollado cada día más en todos los corazones? No es posible disfrutar de felicidad verdadera, lo mismo las naciones que los individuos, sino por efecto del espíritu cristiano, germen de paz y de todo bienestar, según el Apóstol: *Fructus Spiritus est... gaudium, pax*¹. Luego nada mejor debemos desear, ni puede Dios conceder á su pueblo otro bien mayor que la santidad, en la que consiste toda la esencia del cristiano, según el mismo Apóstol: *Non enim vocati estis in immunditiam, sed in sanctificationem*², y según San Pedro: *in sanctificationem spiritus*³.

2. Aspiremos, pues, hermanos carísimos, á la santidad, cuyo autor y principio es el mismo Jesucristo á quien tributamos nuestros homenajes en el augusto Sacra-

¹ Gal. 5, 22.² 1 Thess. 4, 7.³ 1 Petr. 1, 2.

mento donde le plugo quedarse con nosotros hasta la consumación de los siglos. Y veamos en Él no sólo la fuente de toda santidad, sino también el dechado, y como el ideal de la misma, de suerte que nada podrá contribuir tan eficazmente á hacer un pueblo santo como el culto de la venerable Eucaristía. En efecto, aquí es donde Jesucristo nos enseña práctica y brillantemente que toda nuestra santidad consiste en someternos, como Él, en cuanto hombre, se somete á la ley del orden esencial de toda racional criatura: esto es, la sumisión de la carne al espíritu, del corazón á la razón, y de ésta á Dios. Y ved aquí la materia y división de mi discurso. Imploremos, etc. *Ave María.*

I.

3. Nada más cierto, hermanos carísimos, que nuestra vocación á la práctica de la santidad. *Habetis fructum vestrum in sanctificationem*, nos dice el Apóstol, *finem vero vitam aeternam*¹. Si Dios, al hacernos cristianos, nos ha llamado á la vida eterna, como á fin, también nos ha obligado á llevar frutos de vida santa. Pero ¿en qué consiste la verdadera santidad? ¿Será solamente en conformar nuestra conducta con las reglas de la honradez mundana, ó, si se quiere, con las de la moral universal? Algo más seguramente exige de nosotros el carácter y nombre que llevamos de cristianos, como á todos se nos alcanza fácilmente. ¿Consistirá, pues, en sólo profesar la fe de Jesucristo, como opinan los maestros protestantes? No, por cierto; porque, si bien la fe es la base de toda santidad, no basta ella sola para justificarnos. *La fe sin las obras está muerta*, dice

¹ Rom. 6, 22.

Santiago¹: luego no puede infundirnos la vida. ¿Acaso será menester hacer milagros ó recibir otros dones gratuitos de los que brillan á los ojos de los hombres, para ser santos? No, cristianos, porque la santidad es algo personal y habitual en el alma, por donde se adquiere el mérito de la salvación; y *no todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos*². No está, pues, la santidad en la predicación ni en los milagros. La santidad consiste sencillamente en vivir para Dios y según Dios, en guardar el orden establecido por el mismo soberano legislador, combatiendo continuamente el desorden que reina en nosotros, en nuestras acciones y hasta en nuestros pensamientos y afectos. *La religión pura é inmaculada delante de nuestro Padre Dios, dice Santiago, es obrar misericordia y guardarse de la corrupción del siglo*³. El orden, pues, pero el orden completo, he ahí la santidad. Y este orden pide primero que todo la pureza de las costumbres, en oposición á la inmoralidad dominante en el siglo, ó sea, en el mundo no cristiano. Y ¿de qué depende esta pureza, sino de la sumisión de la carne al espíritu en el hombre, compuesto de espíritu y materia? Ésta, no sólo como inferior sino como esclava rebelde, debe vivir bajo el yugo de aquél, á quien está destinada á obedecer y servir. ¿No os parece, cristianos, que el cuerpo es para el alma, y no el alma para el cuerpo? ¡Vana filosofía aquélla que trata de confundir las dos sustancias ó elementos constitutivos del ser humano; ó bien, reconociendo su esencial diferencia, pretende establecer una armonía absurda é imposible, igualándolas en derechos! Contra tales aberraciones del sensualismo protesta la razón, la ex-

¹ Iac. 2, 17.

² Matth. 7, 21.

³ Iac. 1, 27.

perencia interna y la fe, atestiguando la lucha de las dos sustancias. *Caro concupiscit adversus spiritum...*¹; y, por consiguiente, la necesidad de someter con energía la parte inferior del alma, esto es, la sensualidad, á la superior, á la ley de la razón. De allí dimana el precepto racional y evangélico: *Abneget semetipsum*². *Mortificate membra vestra*³. Sin el cumplimiento de esta ley no sólo no hay santidad cristiana, pero ni virtud propiamente tal.

4. Ahora bien, hermanos míos: ¿no es esto lo que nos enseña Jesucristo nuestro Salvador, aniquilando, por decirlo así, su Carne sacratísima en la sagrada Eucaristía? No contento con haberla afigido en el pesebre, exponiendo sus delicadísimos miembros infantiles á todos los rigores de la estación más cruda, en total desabrigo; ni satisfecho aún con todos los dolores que la hizo padecer desde la circuncisión hasta el Calvario, despedazándola así, atormentándola y como aniquilándola por nuestra redención: he aquí que en el nuevo Belén del altar, en el nuevo Calvario del sacrificio eucarístico, si bien no sufre dolores sensibles, de que no es ya capaz⁴, sacrifica é inmola esa misma carne ya gloriosa; al filo de la espada mística de las palabras sacramentales, deja exangüe el cuerpo, cual si vertiera otra vez toda la sangre, se consume en holocausto por las llamas del amor, se aniquila á nuestra vista, no apareciendo en figura corporal, pues no vemos allí más que accidentes de pan y vino debajo de los cuales se encubre. ¿No está allí realmente presente el cuerpo del Señor? Sin duda alguna, pero ¿con qué presencia? Invisible, impalpable, espiritual. Le recibimos dentro de nuestro

¹ Gal. 5, 17.² Matth. 16, 24.³ Col. 3, 5.⁴ Rom. 6, 9.

mismo cuerpo, es verdad, pero ¿acaso le sentimos? ¿acaso vemos su rostro divino, ú oímos su voz dulcísima? ¡Oh velos misteriosos de la Eucaristía que nos robáis la presencia sensible de nuestro amado Jesús! ¿Qué otra cosa nos enseñáis sino á vivir, no la vida de los sentidos, sino la vida del espíritu? *Revestidos de la carne*, dice el Apóstol, *no militemos según sus leyes*¹. ¡Ay del que lleve una vida sensual, porque lleva germen de muerte y corrupción!² ¡Qué diferencia de vidas, la del espíritu y la de la carne! ¡Qué nobleza de la primera, qué vileza y afrenta de la segunda! La vida carnal es efecto de la acción del hombre; la espiritual procede de la operación de Dios. *Lo que ha nacido de la carne, carne es*, dice el mismo Jesucristo; *y lo que ha nacido del espíritu, es espíritu*³.

5. Y ¿no es ésta, como lo vemos todos, la llaga más horrible y asquerosa de la pobre humanidad el día de hoy, como lo era en los tiempos en que se predicó por vez primera á Jesucristo crucificado? ¡Ah! cristianos: ¡pudiéramos correr un denso velo sobre la vida mundana de este fin de siglo para no ver la corrupción moral que la devora! Pero ¿por qué cegarnos voluntariamente y no ver el mal á fin de corregirlo siquiera en la parte que nos concierne á cada uno? Sí, desengañémonos, la corrupción de la carne lo ha invadido todo, favorecida y estimulada por la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Eso es lo que forma el día de hoy, lo mismo que en los tiempos del paganismo, el espíritu y modo de ser del mundo⁴. Nadie piensa ya sino en gozar (y bien sabéis á qué nivel ha descen-

¹ 2 Cor. 10, 3.² Gal. 6, 8.³ Io. 3, 6.⁴ Io. 2, 16.

dido el significado de esta expresión), en gozar por los sentidos, como seres animales á quienes la inteligencia sólo sirve para aumentar y refinar el goce material. Gozar es el objeto de la vida, según las degradantes doctrinas que práctica y aun teóricamente se propalan. Todo nos habla de gozar. Á eso conspiran los codiciados progresos, no sólo de la industria, del comercio y de las artes, sino aun los de las ciencias naturales. Y para gozar es preciso ver, oír y gustar por todos los sentidos, por más que éstos no se satisfagan jamás¹. De ahí, el hambre de espectáculos y diversiones, tanto más apetitosas cuanto más libres y desenvueltas. De ahí, el lujo que corrompe la inocencia, empobrece y arruina á las familias, y es origen de estafas, injusticias y, tal vez, desesperaciones y suicidios. De ahí, la sed del oro, maldecida hasta por los antiguos paganos. De ahí, la ociosidad, la indiferencia religiosa, el abandono de todos los deberes morales...

6. Mas ¿á qué fin nos da Jesús, en el espléndido banquete de la sagrada Eucaristía, su propia carne y sangre, sino para hacernos suave la mortificación de la nuestra? ¿No nos asegura Él mismo que: *quien come su carne y bebe su sangre permanece en Él, y Él mismo se incorpora con el que le recibe*²? Y ¿sería posible que, santificada así la carne frágil con el contacto de la carne inmaculada y santa de Jesús, se dejase arrastrar al desorden monstruoso de las pasiones de ignominia? ¿*Cómo me atreveré*, decía el Apóstol³, *á entregar al vicio un cuerpo que pertenece al mismo Jesucristo*? No hagamos, tal afrenta, hermanos míos, á la comunión eucarística del cuerpo y sangre de Jesús sacramentado. Y no sólo

¹ Eccli. 1, 8.² Io. 6, 57.³ 1 Cor. 6, 15.

nos obliga á la ley de la mortificación la participación del Sacramento, pero aún la asistencia á los sagrados misterios, la simple concurrencia al templo para adorar al Dios de nuestros altares, nos advierte que debemos ajustar nuestros afectos y acciones á la ley severa de la mortificación. Porque desde este tabernáculo, tanto como desde lo alto de la cruz, nuestro divino Salvador nos predica en altas voces la necesidad de refrenar los deseos de nuestra sensualidad. Jesucristo no quiere tener por adoradores á los viles esclavos de la carne, porque Él mismo ha dicho: *Veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate*¹. Ángeles rodean su trono, y émulos de los ángeles han de ser los que se postran en derredor del trono de la Eucaristía.

II.

7. Preservarse, pues, de la corrupción general de este siglo teniendo siempre á raya los desarreglados apetitos de la carne, tal es, amados oyentes, la primera etapa de la santidad cristiana. Pero es preciso ir adelante, porque Jesucristo nos convida á una perfección infinita: *Estote perfecti*², dándonos el ejemplo de ella en el Sacramento de la Eucaristía. Por otra parte el orden pide, no sólo la sujeción de la carne al espíritu, sino también la del corazón á la razón. El corazón se desvía muchas veces del camino de la rectitud, y toca á la razón corregir ese extravío. ¡Oh, si nuestro corazón fuese tal como salió de las manos del Criador, sus movimientos serían siempre derechos, sus afectos irían á lo alto en busca del Bien capaz de satisfacerlo y darle hartura! Pero ¡ah! que el virus del primer pecado, así

¹ Io. 4, 23.² Matth. 5, 48.

como inficionó la carne, así también llegó á envenenar las entrañas de nuestro ser, y ya el corazón enfermo y débil nos hace traición á cada paso. Hay escuela mal-sana que pretende justificar todos los ímpetus del corazón humano santificando las pasiones, por más que ellas arguyan siempre debilidad y flaqueza, inexcusable en quien dispone siempre de libertad física para gobernar sus actos. No, mis amados hermanos: no basta la vehemencia de la pasión para disculpar las trasgresiones del deber, ni mucho menos ciertos rasgos de generosidad ó nobleza que á veces la acompañan, para legitimarla en el tribunal de la sana moral. Las pasiones, como sabéis, nacen y se desarrollan bajo el influjo de la sensibilidad, y así como ésta, ellas también están por naturaleza sometidas á la dirección de la razón. Y la razón, de acuerdo con la doctrina del evangelio, ¿qué prescribe al corazón? Amar el bien verdadero y desechar el aparente y falso, preferir al útil y deleitable el bien honesto, el bien propio del ser racional y espiritual, amar á Dios, Bien soberano, sobre todos los otros bienes, y aun sobre sí mismo, puesto caso que el mismo corazón está ordenado naturalmente á Dios. *Fecisti nos, Domine, ad te*¹. Y, si esto piden y exigen la razón y la fe, claro está que sin esto no hay virtud, ni menos santidad posible. La santidad, lo propio que la caridad, es, como dice el profundo San Agustín, *el orden del amor*. El Esposo divino *había ordenado* en el alma, su esposa, *la caridad*²; con lo cual quedó santificada. Ordenemos en nuestro corazón el amor, y seremos santos, cuales nos quiere el Dios que nos llamó á la santificación³. He nombrado la caridad; he aquí el todo de la santidad,

¹ *S. August.*² Cant. 2, 4.³ 1 Thess. 4, 7.

he aquí el vínculo de la perfección¹. El más santo de los hombres es aquél que tiene mayor caridad, porque es el que mejor imita á Dios, santidad infinita, el cual, como dice San Juan, es *caridad*². Y ¿qué es el Dios sacramentado sino caridad?

8. ¿No está ardiendo en llamas de amor inmenso, inextinguible el Dios de la adorable Eucaristía? Lugar común es éste, pero indispensable en la oratoria sagrada, porque se hace imposible discurrir y hablar del Santísimo Sacramento sin hallarse el espíritu engolfado en el mar sin orillas de la caridad de Dios, que aquí, en la institución de este magnífico Sacramento, agotó, como decirse suele, todos los recursos de su bondad, sabiduría y poder. *Memoriam fecit mirabilium suorum*³. Y hablando de Jesús, nuestro amorosísimo Salvador, dice su Apóstol más querido: *Como hubiese amado á los suyos, al fin señaladamente los amó*⁴. No insistiré por tanto en presentar á vuestra consideración lo que salta á la vista del creyente, lo que arrebató y arrebatará eternamente el corazón de los verdaderos cristianos, el rasgo más brillante y deslumbrador de la Eucaristía, cual es el amor de Jesucristo á los hombres: *Dilexit eos*. Pero sí llamaré vuestra atención á lo que forma el tema de mi discurso, á la caridad de Cristo como ideal de santidad en la santa Eucaristía. ¿Por qué reconocéis y adoráis en ella al *Santísimo*, al Santo de los santos? Porque allí está Jesús efectuando el acto supremo de caridad que puede hacer un Hombre-Dios, inmolarse y consumirse, como Hostia viva de propiciación, por la salud eterna de los hombres, á gloria y

¹ Col. 3, 14.² 1 Io. 4, 8.³ Ps. 110, 4.⁴ Io. 13, 1.

honra del Criador: porque allí está cantando eternamente el himno de la gloria de Dios. *Ego te clarificavi super terram*¹. Y para glorificar á su eterno Padre, que es lo sumo del amor, porque es querer eficazmente, el único bien de Dios, su gloria, está allí atrayendo á los hombres hacia sí, para atraerlos al bien, á la felicidad, que no se encuentra fuera de Él, y diciendo á voces: *Venite ad me omnes*². Esto es la caridad, hermanos míos, amar á Dios en el hombre, y al hombre por Dios: amarle con todas las veras del corazón, sacrificarse por el amado, anonadarse por él día y noche, y perseverar así por siglos y siglos con una constancia inquebrantable. ¡Oh amor de Jesucristo, modelo de caridad sublime que excede todo concepto y todo cálculo!

9. Y ésta es la que nosotros, adoradores de la Eucaristía, debiéramos esforzarnos á imitar, amando como ama nuestro Dios sacramentado. Al pie del altar de un Padre tan amante debieran hoy agruparse todos los hijos de la Iglesia, los hombres de toda condición y carácter, para darse cordialmente un abrazo fraternal y un ósculo de paz. El culto de la Eucaristía debiera, no sólo extinguir todos los odios y rencillas entre los fieles, sino también estrechar los corazones con lazos de amor sincero y generoso. La caridad encendida en las llamas de la eucarística mesa debiera ser la que describe el Apóstol San Pablo, la caridad legítima y no falsificada: *Benigna*, compasiva con las humanas flaquezas, no es envidiosa ni obra con malignidad; no es hinchada ni ambiciosa; no busca el propio interés, no se irrita, no piensa mal, ni se goza en las faltas de su hermano, antes bien se regocija en la verdad. En fin, está dis-

¹ Io. 17, 4.² Matth. 11, 28.

puesta á sufrirlo todo, porque, llena de fe, todo lo espera y todo lo soporta¹. Nada mejor puedo desearos, en este día, amadísimos oyentes, que una caridad de estos quilates, porque ella, como fruto del Espíritu Santo, va siempre acompañada de todos los bienes que trajo á la tierra con su espíritu el divino Salvador, principalmente de aquella paz y júbilo universal que anunciaron los ángeles en el portal de Belén². ¡Quiera el cielo conceder este don precioso de la paz que nace de la caridad, á todos los habitantes de este religioso país, donde sé muy bien cuánto abundan los hombres de buena voluntad! Esta voluntad, siendo tan buena como es de creerse y esperarse, hará prodigios como los ha hecho siempre la voluntad recta y abnegada, la voluntad heroica, la voluntad animada del espíritu cristiano. *Pax hominibus bonæ voluntatis!* Ella encadenará las pasiones, sujetando los ímpetus del corazón á la regla de la razón ilustrada con las luces de la prudencia, no carnal sino evangélica. Esta sabiduría celestial en que consiste la santidad de que vamos hablando, nos enseñará finalmente á someter de grado nuestra misma razón á Dios, razón suprema de todas las cosas, fuente de toda verdad y santidad, como vamos á ver en la tercera parte.

III.

10. Si el orden pide que las potencias inferiores del hombre, la sensibilidad y los afectos, se regulen por la razón, ese mismo orden reclama la sumisión de la razón humana á la razón divina, como á su principio y supremo regulador. *¿Por ventura*, dice el Profeta, *no se sujetará á Dios mi alma, siendo Él la fuente de todo*

¹ I Cor. 13, 4-7.² Luc. 2, 14.

*mi poder?*¹ Para no deber hacerlo así fuera preciso suponer en la razón del hombre una independencia y autonomía que no existe ni puede existir con relación á Dios. ¿Quién pretenderá sin notorio desvarío erigir la débil y mezquina razón del hombre en fuente de verdad y fundamento último de la moralidad de las acciones? La razón, es verdad, pregona la ley, pero no es ella la legisladora, porque la ley moral es anterior á ella misma, y la obliga con imperio irrecusable. La ley está fuera de la razón y por encima de ella: la inteligencia humana no hace más que conocerla é imponerla á las acciones en calidad de intérprete y promulgadora. Por eso, dice el grande Apóstol, *la sabiduría de la carne, la vana ciencia del mundo, es enemiga de Dios*, porque no quiere someterse á la ley de Dios, ni puede hacerlo sin renunciar á sí misma². Pero los que se atienen á esta ciencia carnal, prosigue el Apóstol, no pueden agradar á Dios. En cuanto á vosotros cristianos, no pertenecéis á esta escuela, sino á la del espíritu, con tal que en efecto habite en vosotros el espíritu de Dios; pero el que no posee el espíritu de Cristo, no le pertenece³. Bien claro se explica el Doctor de las naciones sobre la ley de sumisión de la razón humana á la razón divina, porque, en definitiva, no es la razón, propiamente hablando, sino la sensualidad, la pasión, el amor propio, el que rehusa someterse á la autoridad de la palabra infalible, ya sea en materia de creencias, ya de acciones. La razón verdadera, la razón no ofuscada por el orgullo, reconocerá siempre su natural dependencia de Dios, como de su principio y fuente de luz y de verdad. He aquí la humildad, sin la cual carece de cimiento

¹ Ps. 61, 2.² Rom. 8, 7.³ Rom. 8, 9.

todo el edificio de la santidad; la humildad, cuyo atributo esencial es someterse plena y absolutamente á Dios. *Humiliamini sub potenti manu Dei*¹. Someteos bajo la poderosa diestra del Señor. Lo contrario es el orgullo satánico, infernal, es la soberbia en su más horripilante forma, la rebeldía contra Dios.

II. Volvamos otra vez los ojos á Jesús sacramentado. ¡Qué modelo, qué ideal más sublime de humildad! Sí, el Verbo se había casi anonadado, en expresión del Apóstol, al tomar, encarnándose, la forma y naturaleza de siervo²; aquí, en la Eucaristía, apura el anonadamiento, ocultando hasta la forma de hombre bajo los viles accidentes del común manjar de pan y vino. Sí, cristianos, aquí es donde cumple exclamar en éxtasis de asombro: *Exinanivit semetipsum! Exinanivit!* ¡No queda del Verbo Encarnado sino la sombra! Y esta inaudita humillación ¿delante de quién se hace? ¿por qué así se abate Jesucristo? ¡Ah! ¡tal misterio no podría concebirse sino alzando los ojos al cielo hasta el trono del Criador! Delante del Padre omnipotente se abate y anonada su Hijo, no en la naturaleza divina, porque esto es imposible, pero sí en la naturaleza humana de que está revestido. Abátese al tiempo de inmolarsse en sacrificio, hecho víctima y pontífice juntamente en el altar, como lo fué en la cruz. Cae como inocente cordero bajo la cuchilla de la eterna justicia que le hiere por los pecados del mundo. Y ¿todavía rehusará humillarse ante Dios el miserable criminal? Si sólo por su condición de criatura, debería someterse el hombre á su Criador, creer en su palabra, adorar sus perfecciones, y obedecer á sus leyes, ¿á qué linaje de sumisión no le obliga su

¹ 1 Petr. 5, 6.² Phil. 2, 7.

condición de reo y pecador? ¿Puede el reo levantar la frente descarada delante de la Majestad, de la Justicia y de la Santidad divinas? ¡Oh! ¡cuán monstruosa y abominable es la soberbia humana, la soberbia del incrédulo, del indiferente, del infractor de las leyes divinas! Imitemos, hermanos carísimos, al Dios de la Eucaristía, y doblemos humildemente las rodillas, inclinemos la frente, sometamos la razón misma delante del Dios grande y poderoso, delante de la Majestad que ciegos ofendimos. Rindámosle en este día, por medio del mismo Jesucristo nuestro mediador, humildísimo homenaje de amor y reconocimiento por los beneficios recibidos de su mano en el año que acaba de expirar, á fin de atraer sus misericordias para nosotros y cuanto nos pertenece, principalmente para la patria bien necesitada, en el año que hoy comienza. La ingratitude para con Dios es efecto natural, pero espantoso, de la más refinada soberbia.

12. ¡Qué espectáculo tan consolador el que hoy mismo ha presenciado el católico pueblo bogotano! La nación representada por sus altos funcionarios ha venido al templo máximo á adorar al único verdadero Dios, al Dios de nuestros tabernáculos: Jesucristo ha recibido las adoraciones de toda la sociedad colombiana, como en otro tiempo recibió en el portal de Belén la de pastores y reyes ignorantes y sabios, judíos y gentiles. El ejército, símbolo de la fuerza nacional al servicio del derecho de los ciudadanos, ha recibido, puesto de hinojos, la bendición del Señor; y el pabellón orgulloso que preside á los triunfos y glorias de la patria, ha besado el suelo delante del Dios de las batallas, del árbitro de la suerte de hombres y naciones. ¡Loor á Colombia cristiana! Actos como éstos la honran y enal-

tecen, y, lo que más es, la aseguran largos días de prosperidad y gloria verdadera. ¡Quiera el Dios de las misericordias aceptar este acto solemne de religiosidad en expiación por la culpable indiferencia de tantas almas extraviadas que olvidan á su Criador y no cuentan para nada con su Providencia, como si no existiera Dios, ó no se cuidara de la suerte de los hombres! ¡Dígnese concedernos la paz, no sólo la exterior, sino principalmente la del espíritu, adquirida por el señorío de nuestras bastardas pasiones, por la represión de nuestros desarreglados apetitos, por la sumisión perfecta de nuestra razón á su infinita grandeza! Así sea.

SERMÓN VIGÉSIMO PRIMERO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1897).

La Eucaristía y la libertad.

In libertatem vocati estis.
Habéis sido llamados al estado de libertad.
Gal. 5, 13.

1. Pan y espectáculos sangrientos¹, pedía á voces el envilecido pueblo romano de los tiempos del imperio: pan material y libertad para todos los antojos, reclama el día de hoy en ciertos países de Europa y América el pueblo hambreado por la codicia de los propietarios y extraviado por la perversidad de los sofistas; y si los césares antiguos, repartiendo abundantes víveres y dando juegos en el circo, acallaban á la turba de esclavos que los victoreaba como dioses, no tan fácilmente

¹ Panem et circenses...